

RESILIENCIA

Se miraba al espejo y apenas veía
a la niña risueña que suya fue un día.
Su reflejo lloraba y en cada lágrima ardía
el peso de un alma que de dolor se destruía.

Cicatrices en la piel, cicatrices en el alma,
eran testigos mudos de su tormento.
Buscaba entre sombras la calma,
anhelando un mundo que no fuera lamento.

Quiso ser libre, dejar el pasado,
huir del veneno.
Pero el amor que creía eterno
se tornó en algo olvidado.

Él, que juró proteger sus latidos,
fue quien rompió su corazón en pedazos.
Y con cada herida, su cuerpo rendido
se llenó de rabia y miedo.

Quemó las palabras de un falso cariño,
las cartas que hablaban de un amor fingido.
Las vio consumirse en el fuego y el humo,
como se consumía su propio destino.

Quiso mirarlo por última vez,
decir adiós sin rencor ni cadenas.
Pero al encontrarse, su corazón se paró,
y de rojo cubrió su última escena.

—No quiero morir —susurró sin aliento,
mientras el frío se adueñaba de su piel.

—Eres mía o de nadie —susurró el tormento,
y el hierro se hundió en su piel de papel.

Fue él quien escribió su punto final,
quién apagó su historia con manos de hielo.
Él, que prometió amor inmortal,
selló su destino eternamente en el cielo.